

# Más *punk* y menos *pop* en psicología social

Juan Soto Ramírez

Departamento de Sociología  
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa  
Ciudad de México, México  
juansotoram@hotmail.com

**Abstract**— The main objective of this text is to identify and discuss five problems related to the research and aspirations of the social psychology. The first is related to the role of the reformer that is assumed by various professionals of social psychology and which is questionable. The second has to do with the fact that much research in social psychology offers no more than obvious conclusions. The third discusses the monothematic inclinations of social psychology and the need to break with them. The fourth is related to the difficulty of admitting that the history of social psychology can be reduced to the history of experimental social psychology. The fifth is a critique of experimental social psychology and proposes that it can be understood as a theater of the absurd. The text is a critique of traditional ways of doing research in social psychology and an invitation to approach other research styles to build a more alternative and less orthodox social psychology.

**Keywords**— *criticism, obviousness, monothematic, history, experiment.*

**Resumen**— El objetivo principal de este texto es identificar y discutir cinco problemas relacionados con la investigación y las aspiraciones de la psicología social. El primero está vinculado con el papel de reformador que es asumido por diversos profesionales de la psicología social y que es cuestionable. El segundo tiene que ver con que muchas investigaciones en psicología social ofrecen no más que obviedades como conclusiones. El tercero discute a cerca de las inclinaciones monotemáticas de la psicología social y la necesidad de romper con ellas. El cuarto se relaciona con la dificultad de admitir que la historia de la psicología social pueda reducirse a la historia de la psicología social experimental. El quinto es una crítica a la psicología social experimental y propone que esta pueda ser entendida como teatro del absurdo. El texto es una crítica a las formas tradicionales de hacer investigación en psicología social y una invitación a acercarse a otros estilos investigativos para construir una psicología social más alternativa y menos ortodoxa.

**Palabras claves**— *crítica, obviedad, monotemático, historia, experimento.*

## I. INTRODUCCIÓN

Investigar implica posicionarse en relación con dos modos principales de pensar nuestra relación con el cosmos. De cara a ello podemos identificar dos modos principales de conocer. El que resulta del empirismo y sus derivados, por un lado. Y el que se deriva del idealismo, el racionalismo y el convencionalismo. En el primer modo de conocer se asume la existencia de un mundo objetivo e independiente. Razón por la cual se le otorga una importancia significativa a la predicción (como en el caso del positivismo), así como a la representación (como en el caso del realismo). Para una y otra, la experiencia en el modo de conocer es imprescindible. En el segundo modo de conocer se asume que la elaboración de concepciones del mundo se da a partir de la reflexión. Y por ello se otorga importancia a la razón, a los conceptos y a las convenciones. Un modo de conocer (el primero), es nomotético y el otro (el segundo), idiográfico. Las formas de razonamiento que emplean para llegar a sus conclusiones son diferentes. Una apela a la deducción y la otra a la inducción. No es lo mismo concebir la realidad social como un mundo de cosas y sustancias, que como un mundo de acontecimientos y actividades. De ahí que un modo de conocer insista en la conmensurabilidad de la realidad y el otro no. Para el modo de conocer que otorga importancia a la medición, lo relevante son las actividades. Para el otro modo de conocer lo destacado son los significados y la acción social. Dos psicologías sociales se desprenden de estos modos de conocer. Una con inclinaciones experimentales y la otra con inclinaciones dialécticas y hermenéuticas. Una que apela a un dualismo epistemológico y la otra que apuesta a una epistemología

transaccional (de valores y de creaciones). Es decir, una psicología social *pop* y otra psicología social *punk*. Para la psicología social *pop*, bañada de iluminismo, la aspiración al descubrimiento de universales es algo que le da sentido a su quehacer. Para la otra, cuya lógica es romántica, la diversidad y la disparidad son los principios fundamentales a partir de los que es pertinente pensar la realidad. La psicología social *pop* se da el lujo de pensar la realidad sin la cultura (es inculta). Para la otra psicología social no es posible pensar la realidad sin el entramado cultural a partir del cual se construyen los significados que le dan sentido a la vida social y colectiva.

Asumiendo que investigar implica formas de hacer y de pensar, podemos decir que hay dos formas: una *pop* y otra *punk* (que va en contrasentido de la corriente principal de la psicología social). Ambas implican dos posicionamientos distintos y dos actitudes investigativas divergentes. En este texto veremos cómo la psicología social de la corriente principal (a la cual podemos llamar *mainstream*) tiene sus *guardianes*, quienes buscan el establecimiento de leyes universales del comportamiento. Y sus detractores, más interesados por conocer las culturas locales y los significados asociados a su cotidianidad y su vida colectiva. También se verá cómo es que la psicología social *pop* suele llegar a conclusiones que están arraigadas en el sentido común y que no es lo mismo construir una psicología social que sea sensible al dilema de la imputación de los significados a los actores. Pasar por alto este problema tiene sus consecuencias. Dominada por inclinaciones positivistas, la psicología social *pop* ha desarrollado una fuerte condición monotemática en el ámbito de la investigación. Una cantidad insospechada de tesis e investigaciones universitarias giran alrededor de los mismos temas. Y utilizan, también, un reducido conjunto de técnicas y procedimientos para abordarlos. No cambian las preguntas ni sus procedimientos. La psicología social *mainstream*, al lograr aglutinar a grupos de investigadores en torno a un conjunto de temáticas y procedimientos, deviene parroquial. Por ello la invitación a tomar distancia con las inclinaciones experimentales y cuasiexperimentales, así como a adoptar una postura menos *pop* y más *punk*. Sin la crítica no podrá comprenderse una idea central en este texto que propone concebir los experimentos en psicología social como teatro del absurdo. Una psicología social que invite al desacato y la insurrección epistemológica es, por ende, una psicología social *punk*.

## II. LOS *GUARDIANES* DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL SE PARECEN A LOS ESCRITORES

En el texto que Goffman escribió para leer como presidente de la *American Sociological Association* (ASA) en 1982, pero que no pudo pronunciar debido a que la muerte lo alcanzó en noviembre de ese año, según nos lo recuerda el profesor Yves Winkin (1988, p. 169), llamaba la atención sobre una cuestión que podría incomodar a los ‘guardianes de la psicología’ (y de la psicología social). Con ese tino mordaz que le caracterizaba escribió que: “aún no hemos podido dotar a nuestros estudiantes de ese gran nivel de incompetencia erudita que han alcanzado los psicólogos, pero bien sabe Dios que lo estamos intentando” (1983, p.173). Y para evitar interpretaciones erróneas y tendenciosas hay que decir que en la fórmula de dicho señalamiento el problema no son los estudiantes, sino los profesores de psicología (y de psicología social). Al leer con detenimiento el texto de Goffman se puede reconocer su incomodidad confesa con los oradores que le precedieron en la presidencia de la ASA. También escribió que “al preparar y pronunciar sus discursos tienen la sensación de ser guardianes temporales de su disciplina” (1983, p.171), quienes - de algún modo - intentaron convencer a sus públicos de que las rutas de la sociología los conducían hacia adelante. ¿Por qué serían los ‘guardianes de la psicología’ el problema descontando la ‘multitud de miopías que limitan su visión de las cosas’? Hagamos una comparación.

Murakami (el escritor japonés tan odiado y leído por la gente), en su libro *De qué hablo cuando hablo de escribir* (2015), dedica el primer apartado a responder una bonita pregunta. ¿Son los escritores seres generosos? Para ello procede a decir que no destacan por ser imparciales (y, por implicatura, se entiende que no todos). Que tampoco tienen carácter apacible y que pocos tienen, realmente, algo digno

de admiración. De hecho, precisa, muchos tienen hábitos o comportamientos extraños. Sostiene que la gran mayoría piensa que escribe lo correcto (y precisa también que hay unas pocas excepciones). Aunque suelen expresarse con modestia, agrega, duda de que a mucha gente le gustaría tener a un escritor como amigo o vecino. De paso, destaca algunas características de los escritores: egoístas, orgullosos y competitivos. Para ilustrar su argumento, cuenta cómo en 1922 Proust y Joyce coincidieron en París y a pesar de estar muy cerca el uno del otro, no se dirigieron la palabra durante toda la noche. Pero, de los escritores de ficción, dice otra cosa. A ellos se refiere como generosos y de gran corazón. Relata que cuando escribió *Underground*, además de recibir incontables críticas, conoció el celo de los tigres vigilantes del territorio sagrado de la no ficción (y los compara, extrañamente, con los leucocitos que se afanan por eliminar cuerpos extraños). Para ser bailarín, pianista, pintor o alpinista, dice, se requiere de un duro proceso de formación y de conocimientos técnicos, pero para escribir una novela con saber redactar es suficiente, remata. Cualquiera puede escribir una novela pasatiempo (y sí).

También narra que, sin saber cómo, después de ganar un premio con su primera novela, se convirtió en escritor profesional. Considera que el género de la novela es como un cuadrilátero, de fácil acceso: con suficiente espacio para todo mundo y con árbitros poco estrictos. Sin embargo, hace un señalamiento interesante: “a pesar de que resulta fácil subir al ring, no lo es tanto permanecer en él durante mucho tiempo” (2015, p.19). Y agrega que, con los recién llegados (al ring), los escritores suelen ser tolerantes y generosos (los recién llegados que besan la lona al poco tiempo se marchan, apunta). También dice que la irrupción de un novato no supone el fin de un nombre consagrado. Incluso comenta que escribir novelas no es un trabajo para personas extremadamente inteligentes.

Siempre he pensado que alguien extremadamente inteligente o alguien con un conocimiento por encima de la media no es apto para escribir novelas, porque hacerlo -ya sea un relato o cualquier otro tipo de narración- es un trabajo lento, de marchas cortas, por así decirlo. Para explicarlo mejor, y sirviéndome de un ejemplo concreto, diría que la velocidad es solo un poco superior a la de caminar e inferior a la de ir en bicicleta. Hay personas que son capaces de adaptar bien ese ritmo al funcionamiento natural de su mente, pero hay otras que no. Si quien escribe es alguien con un mensaje claro y bien definido en su mente, no tendrá necesidad de transformarlo en una narración. (2015, p.22-23)

De los críticos literarios, precisa, suelen ser más inteligentes y agudos que los escritores. Escribir una novela, en esencia, le parece un trabajo bastante torpe que solo implica tocar y retocar frases hasta descubrir si funcionan o no (por ello hay que encerrarse en una habitación a ver si las frases funcionan después de un día entero sin levantarse de la mesa). Y cuando funcionan, dice, nadie les da a los escritores una palmadita en el hombro, sino que es algo que tendrán que disfrutar en silencio. Escribir novelas es un trabajo, según él, lento y sumamente fastidioso. Refiriéndose a una novela que leyó de niño, llega a la conclusión de que ser escritor consiste en algo muy parecido a subir hasta la cima del monte Fuji para comprender la fascinación entre la gente (cosa que las personas demasiado inteligentes no necesitan hacer). De los escritores de *best seller* dice que no resultan ser una amenaza para escritores como él pues en el fondo sabe que difícilmente se dedicarán a escribir novelas durante mucho tiempo (los escritores de *best seller* son escritores con fecha de caducidad). “Los escritores somos como ese tipo de pez que muere ahogado si no nada sin descanso” (2015, p.30). Murakami se pregunta sobre cómo puede alguien saber si tiene o no cualidades para escribir una novela y señala que “solo hay una forma de encontrar la respuesta: tirarse al agua y comprobar si flotamos o nos hundimos” (2015, p. 30).

¿Serán los psicólogos sociales muy diferentes de los escritores? Y la psicología social ¿será muy diferente de la novela? En realidad, se antoja pensar que no. Si hay dos clases de psicólogos sociales, entonces podríamos decir que unos son los que suben hasta la cima del monte Fuji y otros los que van y

vienen (sin subir hasta la cima). Unos son los que vagan, caminan, husmean, piensan mientras caminan y otros los que simplemente miran de lejos el monte Fuji (que bien puede ser la realidad, el mundo, la vida, lo que se estudia, etc.). Unos son los que hacen experimentos y aplican cuestionarios; y otros los que hablan con la gente sumergidos en tumultos y corriendo de la policía cuando es necesario. Unos son los que flotan (en el agua, no sobre tierra firme), y otros los que se hunden. Unos son los viejos y otros los recién llegados. Unos los que se han ido. Otros los que se han quedado. Unos son los de psicología de *best seller* y otros los de más de un libro publicado. Unos son más técnicos y otros más interpretativos. Y así sucesivamente. Cada uno puede colocarse donde más comodidad sienta (pero debe hacerlo con sensatez). Para decirlo, en otros términos:

el problema no es que utilicen palabras o números (evidentemente con números no se puede interpretar y con palabras no se puede describir con precisión), sino que el investigador piense o no piense lo que hace: el que reflexiona sobre su acción investigadora se acerca al segundo orden, y el que no lo hace, se acerca al primer orden. (Ibáñez, 1991, p. XVIII)

En términos generales hay dos formas de ver el mundo y, en consecuencia, de pensarlo. Una colocando la acción en el centro de la reflexión. Y otra prescindiendo de ella. El psicólogo social que sube a la cima del monte Fuji es el de segundo orden. El psicólogo social que no lo hace es el de primer orden. Y que conste que el problema no es de usar números o palabras en el momento de investigar, sino de pensar. De pensar lo que se hace en el momento de la investigación y de reconocer (sensatamente) cuál es la posición propia en el momento de indagar, preguntar, responder, informar, describir, relatar, contar, narrar, etc. Harré (2006), ese singular y brillante matemático y filósofo británico de origen neozelandés (a quien se le conoce en psicología social – entre otras cosas – por sus destacadas contribuciones a lo que se denomina, hoy en día, ‘giro discursivo’), lo describió de la siguiente manera:

Sean cuales fueren nuestros juicios históricos, no hay duda de que en la segunda mitad del siglo XX se establecieron dos escuelas distintivas de psicología social. Hubo quienes miraron hacia las leyes universales de la interacción social, y hubo quienes creyeron que los patrones de la vida social eran predominantemente una cuestión de convenciones y costumbres culturales locales. (p.188)

A decir de Harré, unos psicólogos sociales serían los buscadores de leyes universales y otros los estudiosos de las culturas locales. De este modo es difícil no ubicarse. Murakami también dice que “los escritores son seres necesitados de algo innecesario” (2015, p.26), y que no hacen falta en este mundo. Aunque reconoce que hay quienes piensan lo contrario. Si trasladamos este dilema a la psicología social la cuestión se torna, por demás, interesante. Los psicólogos sociales serían esos seres necesitados de algo innecesario y que no hacen falta en este mundo. Aunque algunos piensen que sí. Uno de los problemas centrales que enfrentan los ‘guardianes de la psicología social’ es asumirse como una extraña especie de seres indispensables para la sociedad y la resolución de sus problemas. Pero no es el único. Otro problema fundamental (evidente y difícil de enfrentar y resolver) es el de arribar a las obviedades como conclusiones. Y lo veremos a continuación.

### III. LA OBVIEDAD COMO CONCLUSIÓN

En la investigación es fácil tropezar con un problema. Este tiene que ver con la forma en que los *científicos sociales* tienden a atribuir (implícita o explícitamente) puntos de vista, perspectivas y motivos a la gente que analizan. Este es el problema de la imputación de significados y motivos a los actores

sociales. De acuerdo con Howard Becker (1998) “*siempre* describimos los significados que la gente que hemos estudiado da a los acontecimientos de los que participa; de modo que la única pregunta en este caso no es si lo hacemos, sino qué tan acertadamente lo hacemos” (p.32). ¿Se puede sortear este dilema? La respuesta es no. Pero Becker nos habla de algunos *trucos* para hacerlo. Las entrevistas (formales e informales), la observación y la escucha de los actores mientras realizan las actividades que nos interesan es una buena estrategia. El acercamiento a los escenarios donde estas actividades tienen lugar son de bastante ayuda. Con tal acercamiento podemos ganar precisión en nuestras descripciones, pero no podremos eliminar el problema de la imputación de los significados. Realizar descripciones objetivas de lo que pasa en la realidad seguirá siendo una ilusión. No obstante, este problema no es reconocido por muchos investigadores que presumen poder alcanzar la objetividad mediante el diseño de instrumentos sofisticados. Para ilustrar la imputación de significados a los actores existen dos ejemplos representativos. El del estudio de la conducta adolescente y el del estudio del consumo de drogas. En el caso de las conductas adolescentes, son los investigadores los que “deciden lo que las jovencitas que parieron esos bebés ‘deben de haber’ pensado para meterse en semejante situación” (p. 33). En el caso del consumo de drogas los “expertos y legos por igual suelen interpretar el consumo de drogas como una ‘evasión’ de alguna clase de realidad que, piensan ellos, el drogadicto encuentra opresiva o intolerable” (p. 33). Las descripciones realizadas por los investigadores suelen contrastar altamente con las experiencias de los actores mismos. Y con frecuencia responden a una especie de fantasías literarias o que se encuentran bien arraigadas en el sentido común, de tal manera que no es difícil dar con el alto contraste entre las afirmaciones y las conclusiones de las investigaciones, y las experiencias y los significados de la gente. La imputación de significados implica serios problemas en el momento de la interpretación gracias a la evidente distancia que existe entre las vidas de los investigadores y las de los actores. Distancia que no solo contrasta altamente entre los estilos de vida, sino entre los discursos, las formas de pensar y la manera de resolver problemas cotidianos. Detrás de un escritorio la realidad es muy distinta a la que se mira en la calle. Salir en un sentido cualitativo no es simplemente salir a aplicar cuestionarios, por ejemplo. Salir dista mucho de hacer ‘turismo académico’ en el campo. Salir es el paso imprescindible para introducirse en el campo. Dicha introducción en el campo es fundamental para acceder al estudio y comprensión de los significados. Y comprender los significados es algo más que llegar a conclusiones de sentido común. En muchas investigaciones se invierten cuantiosos recursos para llegar a conclusiones obvias. Becker, refiriéndose a la primera versión del diagnóstico de Molotch, dice que este “define al sociólogo como alguien que gasta cien mil dólares en el estudio de la prostitución para descubrir lo que cualquier taxista podría haberle dicho” (p. 35). A todas luces muchos investigadores que se mueven en los campos de conocimiento de las ciencias sociales son como el sociólogo de Molotch. Y hay que evitar serlo.

Un tercer ejemplo podría ser el que relaciona el consumo de contenidos violentos con conductas violentas. En materia de los <<efectos de los medios de comunicación>> sobre los espectadores, Henry Jenkins (2006, p. 242), ha logrado demostrar cómo los investigadores ‘buscan el aura de la validación científica’ para confirmar, digamos, sus prejuicios - sesgo de confirmación - relacionados con los efectos nocivos de los medios de comunicación en sus audiencias.

Muchos han sido criticados por motivos metodológicos, especialmente porque intentan reducir complejos fenómenos culturales a simples variables que pueden analizarse en el laboratorio. La mayoría hallaron una correlación, no una relación causal, lo cual implica que simplemente podían demostrar que a la gente agresiva le gusta el entretenimiento agresivo. (2006, p. 242).

Es decir, es más fácil demostrar que los contenidos agresivos o violentos influyen en los comportamientos agresivos o violentos de los espectadores y que, incluso, son la fuente principal o el

origen de dichos comportamientos. Lo cual justifica, entre otras cosas, situaciones asociadas a la censura, el control, la vigilancia y el ejercicio del poder. Pero el argumento es tan simplista que no funciona. Si quisiéramos erradicar cierto tipo de violencia, bastaría entonces con eliminar los contenidos violentos de los medios. Jenkins (2006) agrega que “los detractores explotan cualquier dato y cualquier suceso trágico en aras de su causa” (p. 242). Para el caso de los videojuegos ocurre casi siempre lo mismo. El pánico moral que se difunde en los medios de comunicación en torno a los videojuegos apunta, casi siempre, al asunto de que promueven comportamientos agresivos y, en consecuencia, la violencia. No obstante, en un país donde la mayoría de los adolescentes juegan videojuegos es fácil vincularlos a cualquier cantidad de fenómenos y situaciones. “El 90% de los chicos estadounidenses juegan con videojuegos, por lo que, si el asesino es un adolescente, es fácil probar que era un jugador” (2006, p. 243). Arribar a conclusiones obvias parece no ser demasiado complicado para muchos investigadores en psicología social. En algún sentido la investigación en psicología social se ha convertido en una práctica propia de liberales atolondrados o, para decirlo en palabras de Umberto Eco (2000, p. 15), de laicos santurriones donde estos miran con pesimismo las grandes transformaciones tecnológicas y sociales que solían mirar e impulsar de manera opuesta años atrás.

¿Cuántas investigaciones, hoy día, comparten la característica de haber llegado a conclusiones obvias? ¿Cuántas investigaciones que han recibido onerosos financiamientos llegan, simplemente, a confirmar lo que ya sabíamos? ¿Cuántas investigaciones replican, simplemente, lo que en el ámbito de la vida cotidiana y desde el sentido común ya se sabía? La psicología social y otros campos de conocimiento deberían centrar su atención en este problema. En cómo las obviedades devienen conclusiones.

#### IV. LAS INCLINACIONES MONOTEMÁTICAS DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

En el provocativo libro *Invitation to Sociology A Humanistic Perspective*, de 1963 (traducido al español como *Introducción a la sociología* y publicado en México en una edición no muy bien lograda), Peter Ludwig Berger, ese emigrante vienés, profesor de sociología (y también de teología) del *Boston College* (a quien se le asocia fácilmente con un distinguido profesor de origen esloveno, Thomas Luckman, con quien escribió aquel libro del cual la gran mayoría conoce el título, pero no precisamente su contenido, *The Social Construction of Reality*) suscribe varias ideas que se antoja tomarlas en cuenta para *hacer* no solo sociología, sino psicología social también. Al tratar de establecer límites con el trabajo social (asumiendo que es común confundir la sociología con este último) indicó que la sociología no era una práctica, sino un intento por comprender. Apreciación que hay que aplaudirle y, de paso, repetirla hasta el cansancio. ¿Por qué? Porque coloca a la comprensión en lo social y no en las profundidades mitológicas del inconsciente o en el interior de nuestras cabezas.

Otra de las bonitas formulaciones que aparecen en ese texto apunta a hacer una comparación entre un sociólogo y un espía. ¿Por qué tiene relevancia esta observación? Porque toma distancia con la imagen del sociólogo como un *reformador social* (es decir, un *transformamundos*). La labor del espía, dijo, es informar. ¿Y la del sociólogo? ¿Y la del psicólogo social? Aunque al respecto no sugirió nada, siguiendo estas pistas al menos podemos suponer que hay tres. Las primeras dos, comprender e informar, tendrían que llevar un sentido social. La tercera implicaría asumir que la sociología y la psicología social no son *prácticas* con una finalidad *reformadora*. No obstante, para los profesionales de la salud mental parece ser claro que deba ocurrir todo lo contrario, pues en algún sentido se asumen como los reformadores, por excelencia, de la realidad. Pero esto parece ser no más que una idea bastante difundida y aceptada acríticamente. Basta un ejercicio de pensamiento para saber que después de más de un siglo de psicología, por ejemplo, nuestra calidad de vida no ha mejorado mucho en comparación con otros tiempos o que, quizás, hasta ha empeorado. Si quisiéramos hacer una comparación entre la psicología contemporánea y la de otros tiempos, es probable que no encontrásemos muchas diferencias.

La psicología moderna no es tan claramente superior a la psicología antigua como el coche deportivo a la carroza. Ni tampoco las aplicaciones de la psicología moderna, o su técnica, llevan marcas de superioridad incontestable. Esto no está más allá de toda duda que afirmar que, en una era postfreudiana o postspock, los padres crían descendientes más felices y moralmente más dignos que antes. (Billig, 1986, p.3)

Conforme pasa el tiempo y la investigación psicológica avanza parecen descubrirse nuevos desórdenes del comportamiento que se le suman a los que ya conocíamos. Y, vistas así las cosas, la calidad de vida y la salud mental (que presumen airoosamente los psicólogos que se pueden alcanzar mediante las denominadas terapias) están en entredicho. Más suicidios. Más consumo de alcohol, drogas y tabaco. Más violencia (en todos sus ámbitos de expresión), etc. ¿Querría esto decir que la psicología y las profesiones encargadas de la salud mental en realidad no han logrado conseguir los objetivos de garantizar a los individuos mejores condiciones de vida gracias a su quehacer y sus prácticas profesionales? ¿O más bien eso querría decir que tenemos que cambiar de mirada y asumir que necesitamos modificar nuestras concepciones de lo mental y trasladarlo al ámbito de lo social? Gergen (1994) se ha encargado de llamar la atención sobre “las paradójicas consecuencias de la visión que predomina sobre el mejoramiento humano y la difundida esperanza de que estas profesiones podrán mejorar la calidad de la vida cultural” (p.281). Estas observaciones son sugerentes porque nos acercan a una comprensión de la realidad social llena de acontecimientos y actividades. “La idea de que *debe* haber un proceso en nuestra cabeza no surge de lo que sabemos de nuestros procesos mentales internos, sino de la influencia que ejercen en nosotros nuestras propias formas de hablar” (Shotter, 1993, p. 160). Si modificamos nuestra concepción de la mente y lo mental, tendríamos que emprender distintos caminos de reflexión. Necesitaríamos distintas maneras de ver el mundo y, obviamente, discursos diferentes. David Le Breton (1990) afirma que Balandier sostuvo que la sociología de lo cotidiano “tiene una visión negativa...tiene más precisión sobre lo que evita considerar que sobre lo que considera” (p.91). Y siguiendo esta reflexión podríamos decir que la psicología social que se enseña en las aulas es una psicología social de buenos modales o de lo políticamente correcto. Es una psicología social de la evitación. Esta psicología social de la evitación tiene dos características básicas. Aborda, digamos, temas convencionales y se encuentra lejos de campos de conocimiento tan interesantes como la antropología social, la semiótica y las ciencias de la comunicación.

No hay que esforzarse demasiado para darse cuenta de que la investigación en psicología social es repetitiva. Los mismos temas son abordados de maneras muy parecidas para llegar a resultados de investigación similares entre sí. Y a esta notoria repetición temática se le suma un problema metodológico. Los investigadores tienden a recurrir al uso de los mismos métodos y técnicas siendo que hoy contamos con un amplio repertorio de posibilidades en materia de investigación. Parece ser que a los psicólogos sociales les cuesta trabajo pensar más allá del diseño de cuestionarios y de las entrevistas en el momento de hacer investigación (situación que de manera casi obligada los lleva a utilizar, también, el mismo *software* para organizar su información). Y si de las referencias teóricas hablamos pues vamos por casi el mismo camino. ¿Conservadurismo o desconocimiento teórico y metodológico? Parece ser que la práctica de investigación convoca a ambos elementos. Los títulos de los congresos, coloquios, foros, seminarios, etc., de psicología social; los títulos de las tesis universitarias de psicología social; los títulos de los trabajos que se presentan eventos de psicología social; los títulos de los libros colectivos de psicología social, etc., son un buen indicador del carácter monotemático de la psicología social.

Para transitar hacia una psicología social diferente se requiere asumir dos cuestiones. La primera es que no se hace detrás de un escritorio. Y la segunda es que requiere tomar distancia con los temas, métodos y técnicas que tradicionalmente se han utilizado para hacer investigación. Así como “la sociología de la vida cotidiana enfrenta la trivialidad de los días como si se tratara de un exotismo

olvidado” (Le Breton, 1990, p.93), una psicología social diferente debería apostar por el rescate de los exotismos olvidados y formularlos como temas de investigación. ¿Quién no recuerda las contribuciones de Simmel (2007) para la revista *Jugend* de 1897 a 1907? Simmel reflexionó sobre una gran variedad de temas que bien podrían ser rechazados como proyectos de investigación en las universidades de nuestros tiempos. El secreto y las sociedades secretas; el adorno; la fidelidad y la gratitud; la imitación; la nobleza; la coquetería; el amor; la muerte; la libertad; el dinero; etc., no son temas que preocupen a los psicólogos sociales convencionales tanto como lo preocuparon a él. Hoy día, las preocupaciones de la psicología social y de los psicólogos sociales tienen, claramente, inclinaciones monotemáticas. Y también tienen inclinaciones, notoriamente, empíricas. Aquí una breve pero ilustrativa lista de temas recurrentes de la psicología social: familia; crianza y desarrollo; adolescencia; relaciones de pareja; atracción, amor y apego; celos e infidelidad; compromiso; comunicación en la pareja; satisfacción con la pareja; poder y conflicto en la pareja; roles sexuales; intimidad; uso del condón; embarazo y aborto; acoso sexual; homosexualidad; embarazo adolescente; climaterio; salud; calidad de vida; alimentación; adicciones; depresión; ansiedad y estrés; suicidio; enfermedades mentales; autoestima e identidad; autoconcepto; imagen corporal; asertividad; logro y evitación; afrontamiento; locus de control, controlabilidad y autocontrol; habilidades cognitivas; atribución; esperanza; percepción social, emociones y personalidad; altruismo; personalidad; academia y escuela; trabajo y organización; medios masivos y consumo; ambiente; cultura y poder; religión; valores; poder y política; violencia y criminología; etc.

## V. LA PSICOLOGÍA SOCIAL *MAINSTREAM*

Para comprender cómo es que la psicología social *mainstream* funciona es necesario hacer un poco de memoria. En 1935 Carl Murchison publicó la primera edición del *Handbook of Social Psychology*. Pero fue hasta 1954 que Gardner Lindzey (quien murió en 2008 a la edad de 87 años) publicó la primera edición de la serie que conocemos. En dicho manual encontramos dos ideas que no dejan de llamar la atención. Según Fiske, Gilbert y Lindzey (2010), los editores de la 5ta edición, la investigación empírica explotó (tuvo su auge), hasta después de la Segunda Guerra Mundial (idea que no es del todo aceptable pues, como lo veremos más adelante, la psicología social ya estaba bastante avanzada para esa fecha). La segunda idea es que todos los psicólogos sociales conocen muy bien dicho *Handbook* (lo cual es un tanto impreciso porque algunos ni siquiera saben que existe). Debe decirse que después de la primera edición del *Handbook* (la serie que inauguró Gardner Lindzey), la segunda edición apareció en 1969 y la tercera en 1985. En ambas Elliot Aronson fue el co-editor. Para la cuarta edición, que apareció en 1998, los co-editores fueron Daniel Gilbert y Susan Fiske. La última edición de este *Handbook of Social Psychology*, como se había dicho, se publicó en 2010, editado por Susan Fiske, Daniel Gilbert y Gardner Lindzey (el primer *Handbook* publicado después de la muerte de Lindzey). Según los editores de la quinta edición, cada capítulo fue escrito por las principales autoridades mundiales sobre el tema. El primer capítulo de dicho *Handbook* se titula: *Historia de la Psicología Social: Perspectivas, Desafíos y contribuciones a la Teoría y Aplicación*. Ese capítulo, que fue escrito por Lee Ross, Mark Lepper y Andrew Ward, contiene algunos datos que resultan curiosos. Uno de los más sobresalientes es que sitúa el inicio de la psicología social a finales de 1930 e identifica a Kurt Lewin como el formador más importante de la moderna psicología social experimental. Y también identifica el trabajo de Festinger (que seguía el modelo de Lewin), como una lectura obligada para los aspirantes a investigadores en psicología social. No obstante, si no se conocen y no se han leído otras versiones históricas de la psicología social, cualquiera podría dejarse seducir por esas ideas sin mayor recato. Pero todos sabemos que cualquier estudiante de psicología social bien informado podría recordar que 1908 fue un año importante para la psicología social pues Edward Ross publicó su *Social Psychology: an outline and a source book* mientras que William McDougall hizo lo propio con su *Introduction to Social Psychology*. Datos que aparecen en múltiples libros de psicología social (sean de su historia o no), y que los

estudiantes deben memorizar (al menos mientras forman parte de la matrícula universitaria, terminando su formación es otra cosa). No obstante, incluso esa información forma parte de la versión oficial de la psicología social. Pero es incorrecta.

El hecho de que ambos textos hayan estado escritos en inglés es quizá la parte de la razón de su popularidad, pero lo cierto es que antes de ellos ya había otros; Rudmin (1985) encuentra que, en 1903 Bunge, en 1901 Orano (si de algo sirve mencionarlo: fundador del fascismo y colaborador de Mussolini), en 1899 Ellwood, en 1898 Tarde y en 1897 Baldwin lo habían hecho. Dos de ellos estaban escritos en inglés, pero quizá en la mala circunstancia de no pertenecer todavía al siglo XX. (Fernández Christlieb, 1994, p.28).

Es decir, la ‘versión’ histórica del *Handbook* pasa por alto otras versiones de la historia de la psicología social. Es importante resaltar que en la versión del *Handbook* no hay mención, por ejemplo, al libro de Floyd Allport, de 1924, *Social Psychology*, entre otros. Así que la historia de la psicología social que documenta el *Handbook* de Psicología Social debería llamarse *Historia de la Psicología Social experimental*. Es un exceso asumir, como lo hace el *Handbook*, que la historia de la psicología social puede centrarse, simplemente, en autores o primeros libros publicados. La historia de la psicología social es algo más que autores. Son autores, obras, corrientes teóricas y metodológicas, situaciones, relaciones, amistades, enemistades, éxitos, fracasos, proyectos trunco y terminados, etc. Hablar de tendencias actuales de la psicología social nos llevaría a una especie de redundancia pues una de ellas, que se ha privilegiado y que ha sido dominante, es la tendencia experimental (y su hijita putativa la tendencia cuasi experimental). En otras palabras, podríamos decir que existe una especie de psicología social *mainstream* y otras que bien podríamos denominar psicologías sociales *indies* (o *punks*, de hecho, *punk psychology* suena bastante bien).

En México, para desconuelo de muchos, la tradición experimental de la psicología social no se ha cultivado. Es casi nula. Y la que ha pretendido ser es demasiado rudimentaria. No obstante, sus partidarios y fanáticos son muchos. Pero al no tener los recursos ni la inteligencia de los grandes psicólogos sociales de laboratorio de otros tiempos y de otras latitudes, deben conformarse con seguir construyendo instrumentos y aplicándolos a diestra y siniestra. Esta extraña clase de psicólogos sociales confunden la aplicación de cuestionarios con la investigación. Mientras invierten grandes cantidades de tiempo en perfeccionar los instrumentos que aplican a las personas, ni siquiera son capaces de percatarse de los cambios culturales que les atañen. Van por el mundo con sus insufribles cuestionarios en mano tratando de recabar datos para después ofrecernos conclusiones basadas en operaciones estadísticas bajo la suposición de que un pensamiento, un sentimiento, una actitud, una opinión, un recuerdo, etc., son el resultado de sumar y promediar. Este estilo de hacer investigación no toma en cuenta las interacciones ni la vida cultural. Por no leer a Durkheim o por haberlo leído sin entenderlo se olvidan de la existencia de un orden de hechos con caracteres especiales que:

consisten en maneras de obrar, de pensar y de sentir, exteriores al individuo, y que están dotadas de un poder coactivo, por el cual se le imponen. Por consiguiente, no pueden confundirse con los fenómenos orgánicos, pues consisten en representaciones y en acciones; ni con los fenómenos psíquicos que solo tienen vida en la conciencia individual y por ella. Constituyen, pues, una especie nueva, a que se ha de dar y reservar la calificación de *sociales* (1895, p.26).

Olvidar al individuo como punto de partida es solo uno de los primeros pasos. Hay que colocar el centro de la reflexión en el exterior, en la cultura, en los significados, en lo social. Esto no es una renuncia, sino una modificación radical en la epistemología de la psicología social. “El centro de la explicación microsociológica no es el individuo, sino la situación” (Collins, 2005, p.17). Y para quienes

no hayan leído a Collins (2005) lo suficiente sirva la mención como recordatorio pues afirma que su propuesta de la *Teoría de los Rituales de Interacción* es una psicología social integral no solo de las emociones sino de la conducta situada (p. 37). No es la interacción, por si acaso, sino las situaciones y todo lo que de ellas forma parte y compete lo que debería estar en el centro de la reflexión e interés de una psicología social que supere ese recalcitrante individualismo que ha impedido que se piensen y se aborden de una forma distinta los acontecimientos y las actividades de la vida social. Es un cambio radical comprender, por ejemplo, que el principio de organización de nuestras ‘vidas interiores’, de eso que llamamos interioridad, está en el exterior (y no al revés). En la cultura y la sociedad. Lo mental tiene una naturaleza social y cultural. “Es la cultura, y no la biología, la que modela la vida y la mente humanas” (Bruner, 1990, p.52). Pero aceptar estas ideas implica no solo aceptar que hemos pensado lo mental de un modo equivocado, sino renunciar a una buena cantidad de años de historia. Y eso no es fácil. No es fácil oponerse a la tradición experimental y sus cotos de poder.

No obstante, está ocurriendo algo llamativo. La noción de experimento se ha relajado tanto que casi a cualquier cosa se le puede nombrar así. Y es triste escuchar a los profesores e investigadores que, con tanta convicción, confundan sus ideas infantiles que llevan a las calles o a los jardines de las universidades donde laboran con los ‘experimentos’. Por otro lado, las tendencias cuasi experimentales, que se han cultivado bastante bien en nuestro país y en América Latina, han motivado a huestes de profesionales de la psicología social a diseñar instrumentos, cuestionarios y escalas de medición de variables insospechadas. Basta husmear un poco en la psicología social para caer en la cuenta de que existen instrumentos, cuestionarios y escalas para medir casi cualquier variable que se le pueda ocurrir a uno. El funcionamiento y el ambiente familiar; la calidad de red; el estrés cotidiano familiar; la percepción del medio ambiente familiar; la satisfacción marital; las estrategias de poder; los estilos de resolución del conflicto; el control sobre las relaciones interpersonales; el sadomasoquismo en las relaciones de pareja; las actitudes hacia los encuentros sexuales ocasionales; las conductas sexuales de riesgo; las actitudes hacia el uso del condón; el riesgo de embarazo adolescente; las actitudes hacia el aborto, hacia la homosexualidad, hacia el clímax, hacia el compromiso en el trabajo, etc.; el miedo a la victimización; la inseguridad percibida; el maltrato y el maltrato psicológico; la agresividad; el autoritarismo; la confianza en las instituciones; la abnegación; la aculturación; la socialización religiosa; el bienestar espiritual; los estilos de consumo; la imagen institucional; la confianza-atención en la radio, la televisión y los periódicos; el compromiso con la tarea; los hábitos de estudio; las creencias irracionales; el desgaste emocional; las características de las personas envidiosas; el apoyo moral; la desconfianza; la esperanza; la desesperanza; el dolor; la flexibilidad; la intolerancia; el perfeccionismo; la competitividad; el afrontamiento; la morosidad; la autoeficacia; el temor al fracaso; la motivación de logro; la asertividad; la identidad nacional; la imagen corporal; la autoestima; el autoconcepto; la enfermedad mental; el riesgo suicida; la ansiedad; la sensibilidad al estrés; la depresión; el consumo de alcohol; el riesgo por consumo de drogas, etc. La lista es tan larga como abuirrida y no puede agotarse en este breve espacio. Y, por cierto, sigue creciendo. Tanto la psicología social experimental y cuasiexperimental forman parte de una psicología social que bien podríamos denominar *mainstream*. Que históricamente ha logrado concentrar poder y que, afortunadamente, no ha logrado imponer sus formas de hacer investigación gracias a la existencia de otros estilos de corte interpretativo, crítico e histórico que se han logrado aglutinar en torno a formas cualitativas de investigar.

¿Qué tiene esta o estas psicologías sociales *mainstream*? Que son demasiado parroquiales si se asume que cada una de ellas aglutina a un conjunto de investigadores (muy parecidos a una secta), en torno a un conjunto de temas o índices temáticos que en términos de resultados de investigación abonan poco a la misma psicología social en comparación con lo que el sentido común podría decirnos sin mayor complicación.

Si se permite que los “supuestos del sentido común”, por ejemplo, acerca de las unidades del comportamiento, sus denominaciones o sus relaciones guíen inconscientemente nuestras observaciones e hipótesis, entonces los modelos teóricos resultantes muy posiblemente reflejarán esos supuestos. La teoría resultante se aproximará al sentido común, un problema con el cual los psicólogos sociales han tenido que luchar durante varias décadas. (Gergen, 1978, p.65)

¿Es necesario tomar distancia con la psicología social experimental? Quizás la suficiente para emprender una revisión crítica de la misma. De sus procedimientos y sus resultados. La queja de que la psicología social duplica el sentido común, en efecto, no es nueva, “ha tenido eco desde hace mucho tiempo, y desde el punto de vista presente, va a continuar, en la medida en que el molde tradicional para ‘hacer ciencia’ prevalezca” (Gergen, 1978, p.81).

## VI. LA PSICOLOGÍA SOCIAL EXPERIMENTAL COMO TEATRO DEL ABSURDO

Umberto Eco (2002) sabía muy bien que “lo que se trasluce de la ciencia a través de los medios de comunicación es -siento decirlo- tan solo su aspecto mágico, cuando se divulga, y cuando se divulga es porque promete una tecnología milagrosa” (p.127). Es común que los medios busquen atraer la atención de las personas con la finalidad de ganar audiencia, aunque para ello tengan que despertar la curiosidad morbosa de la gente. Pero no solo lo hacen los medios, sino los investigadores también cuando recurren a cierto sensacionalismo (como fórmula) para presentar los resultados de sus investigaciones. Y, a veces, “el científico no puede resistir la tentación, o cree que es su deber, comunicar una investigación que está todavía en curso” (Eco, 2002, p.127). Para atraer a la audiencia, los resultados de las investigaciones se presentan, una y otra vez, con su respectiva dosis de sensacionalismo para despertar el asombro. Pero, como bien lo dijera Bruner (2002), “en cierto modo está bien desconfiar de una historia demasiado bella. Ésta implica demasiada retórica, una cierta cuota de falsedad” (p. 18). Y muchas veces, en realidad, no se conoce lo que hay detrás de las investigaciones o experimentos que se convierten en referencias icónicas para explicar ciertas situaciones y acontecimientos sociales, por ejemplo. Mientras las investigaciones y sus resultados se presenten como algo mágico y lleno de misterio, más posibilidades tienen de pasar a la historia de un campo de conocimientos. Y buena parte de la enseñanza de la psicología social en las universidades está basada en transmitir, de la misma manera en que hacen los medios, los resultados de las investigaciones y los experimentos en las aulas de clase. Donde el profesor deviene una especie de comunicador que, a veces, transmite los contenidos de manera un tanto imprecisa, pero con un toque de sensacionalismo (así que las imprecisiones no suelen notarse). De buena parte de los célebres experimentos de la psicología social solo se conocen pequeños atisbos de ellos. La mayoría se desconocen en profundidad. En el mejor de los casos se conocen sus resultados, pero a veces estos resultados (cuando se presentan en las aulas de clases) tienen enormes desfiguraciones, cayendo en las sobreinterpretaciones o en las imprecisiones. Para evitar esto se requiere hoy día no solo su conocimiento sino su revisión crítica. Veamos un par de casos.

De manera posterior al juicio de A. Eichmann de 1961, un psicólogo de la *Yale University* de nombre Stanley Milgram e hijo de refugiados judíos de la Segunda Guerra Mundial, comenzó a realizar experimentos un tanto extraños sobre la obediencia para tratar de determinar cómo la ‘gente normal’ podía cometer actos atroces por el simple hecho de ‘cumplir órdenes’. Milgram (1963) estaba determinado a conocer cuánto castigo podría infligir una persona común a otra en una situación. Después de colocar un engañoso anuncio en el periódico local o por correspondencia, comenzó a reclutar voluntarios para participar en su experimento bajo el pretexto de estudiar la memoria y el aprendizaje. Una vez que los participantes se conocían se dividían los papeles. Uno sería el responsable (sujeto experimental) de infringir los castigos (descargas eléctricas ficticias); otro (el cómplice) sería quien las recibiría cada vez que cometiese un error. Y un tercero (otro cómplice), sería el

experimentador. Para ganar verosimilitud, Milgram hacía que el maestro (sujeto experimental) recibiera una descarga de 45 voltios antes de comenzar el experimento. Al no seleccionar el par correcto de una palabra de cuatro posibles, el *voluntario* tenía que administrar una descarga eléctrica comenzando con 15 voltios. El alumno (cómplice) no recibiría descarga alguna, pero se le haría creer al sujeto experimental que sí las recibía. Cada vez que el sujeto experimental titubeaba para continuar el experimentador le pedía que continuara (siguiendo una especie de guion compuesto por cuatro frases). El límite máximo de descarga ficticia era de 450 voltios. Cuando los voluntarios no querían seguir adelante tras aplicar altas descargas a los cómplices erráticos, el experimentador les daba órdenes para que siguieran adelante. Según los resultados del experimento (aunque tuvo muchas variaciones), casi el 63% de los voluntarios llegó a administrar la descarga máxima de 450 voltios. Los resultados de Milgram apuntaron en dos direcciones: la primera es que frente a una situación de crisis y frente a la falta de habilidad para tomar decisiones, el individuo se somete a la decisión que tome alguien con jerarquía dentro del grupo. La otra apunta a que cuando una persona no se considera responsable de sus actos entonces la ‘esencia’ de la obediencia opera en plenitud. Pero ¿estaba en lo correcto?

Es obvio que los experimentos de Milgram estuvieron muy lejos de haber encontrado la esencia de la obediencia, pero lograron colocarse como un hito en la historia de la psicología social experimental gracias al revuelo (sobre todo) que generaron, pues pusieron en el centro de la discusión un hecho innegable: que las ‘personas normales’ (un alto porcentaje de ellas), podían cumplir órdenes de carácter inmoral. Es decir, ser un poco como los nazis que solo recibían órdenes de sus superiores para proceder con el exterminio de judíos. Y a pesar de todas las críticas que recibió, hoy día sigue cautivando a propios y extraños.

Como se ha señalado a menudo, el grado de aceptación generalizada de los hallazgos científicos depende sólo en parte del cuidado con que se obtienen. En gran parte, la aceptación depende de la medida en que los resultados se ajusten al *Zeitgeist* y a los prejuicios de la comunidad científica. El estilo con el que Milgram presenta sus hallazgos y el afecto que generan tienden a oscurecer las preguntas serias sobre su validez. (Orne y Holland, 1968, p. 283)

Quizás lo que no alcanzó a ver Milgram fue que, bajo una buena coartada, como lo ha sugerido Ovejero (2012, p. 29), los sujetos experimentales más que una justificación recibía una autorización para ser crueles. Y con una licencia para ser crueles lo que menos importa es, precisamente, ser obediente o plegarse a la autoridad. La crueldad y la inmoralidad, históricamente, han sido buenas compañeras. Más aún, en el experimento de Milgram la autoridad es tratada como “una abstracción divorciada del contexto histórico y social” (Helm y Morelli, 1989, p. 619-620). Otro emblemático ejemplo es el de Zimbardo.

Phillip Zimbardo, amigo de Milgram por cierto, otro peculiar personaje de la psicología social, presidente de la *American Psychology Association* en 2002, llevó a cabo un experimento en la *Stanford University* en 1971. Los voluntarios (24 estudiantes universitarios, la mayoría blancos y de clase media), jugarían papeles ficticios de guardias y prisioneros. Los prisioneros fueron detenidos por policías reales y sometidos a un arresto muy parecido al que ocurre en la vida cotidiana. El experimento, patrocinado por los militares, tuvo que ser abortado antes de llegar a su fin al sexto día una vez que la situación se salió de control. En la ‘prisión’ instalada en el sótano del Departamento de Psicología de dicha Universidad, los niveles de violencia y de tortura fueron en aumento e incluso se desataron situaciones de venganza entre los participantes. En algún momento, el patético Zimbardo intentó trasladar el experimento a una sede de policía real, pero afortunadamente no obtuvo la cooperación de la misma policía. Su experimento, como el de Milgram, desató encendidas discusiones sobre cuestiones éticas en

la forma de hacer investigación experimental. A decir de Zimbardo, su experimento no pretendía comprobar ninguna hipótesis, sino que solo tenía fines evaluativos.

El experimento de la prisión de Stanford empezó como una simple demostración de los efectos que puede tener una combinación de variables situacionales en la conducta de unas personas que hacían de reclusos y de carceleros en el entorno simulado de una prisión. El objetivo de este estudio preliminar no era comprobar alguna hipótesis concreta, sino evaluar la medida en que características externas de un entorno institucional podían imponerse a la disposición interna de quienes vivían en ese entorno. Una disposición buena se enfrentaba a una situación malvada. (Zimbardo, 2007, p. 271)

Y, en efecto, Zimbardo parece no haberse equivocado en cuanto al poder de la situación y su valía como centro de explicación microsociológica; como punto de partida para el análisis y la investigación sociales; y como elemento fundamental para la psicología social. Transitamos a través de diversas situaciones y cada una de ellas tiene sus propias exigencias. De tal manera que vamos de una situación a otra (no de un rol a otro). Y al cambiar las situaciones, cambiamos con ellas. Somos gracias a las situaciones y según las situaciones. “Por más magnífica o heroica que la individualidad nos parezca, deberíamos admitir que esta perspectiva, desde la que escrutamos el universo y cuanto contiene, nace de las tendencias religiosas, políticas y culturales específicas de los últimos siglos” (Collins, 2005, p.18). Habría que ser un tanto ‘autista’ para no cambiar con las situaciones. Cosa que, dicho sea de paso, los teóricos de la personalidad tampoco han tomado en cuenta. De algún modo han aceptado, sin cuestionamiento de por medio, la creencia moral que da por sentado que los individuos se mantienen inmutables frente al cambio de las situaciones.

Bajo las condiciones sociales contemporáneas, es muy probable que todos los individuos sean únicos; pero no a causa de una esencia individual inmutable [...] los individuos son singulares en la misma medida en que su tránsito a través de las cadenas de interacción, y de la sucesión de éstas a lo largo del tiempo, difieren de las de otros. (Collins, 2005, p.19).

Lo que no tomaron en cuenta Zimbardo y sus ayudantes es que no estaban analizando una, llamémosle así, *situación real*. En todo caso, su cárcel era más parecida a un estudio de televisión o a la escenografía de un teatro donde el aspecto fundamental consistía en que los guardias tenían el aval del propio Zimbardo para ejercer crueldad sobre los presos. No se trataba de una situación en el sentido estricto de la palabra. No obstante, una vez que el experimento se dio a conocer mediáticamente, las críticas no se hicieron esperar. Gracias a tempranas críticas acerca de cómo se condujo el experimento, hoy día podemos hacernos preguntas como ¿hasta dónde la respuesta de los ‘guardias’ y de los ‘prisioneros’ del experimento no estaban respondiendo a modelos estereotipados culturalmente definidos de lo que es una prisión, un guardia y un prisionero? (Banuazizi y Movahedi, 1975, p. 159) ¿Cuándo la crueldad aparece, también se manifiesta de una manera estereotipada y no, precisamente, de manera espontánea? Otras investigaciones han sugerido que la autoselección de participantes pudo haber sido determinante para la obtención de los resultados en términos de la crueldad ejercida (Carnahan y McFarland, 2007; y McFarland y Carnahan, 2009). Incluso se ha sugerido que la manipulación maquiavélica de Zimbardo de algún modo delineó el guion de terror que los guardias debían seguir (Banyard, 2007, p. 494). Y se le reprocha a Zimbardo haber asumido la responsabilidad de crear normas que fomentaban la tiranía (Haslam y Reicher, 2003, p.24). Incluso uno de los participantes que hizo de guardia (el más abusivo y sádico, Dave Eshelman) afirmó que llegó a comportarse de forma cruel para ‘forzar la acción’ y lograr que algo sucediera, con la finalidad de que los investigadores tuviesen algo con qué trabajar (Ratesnar, 2011). Otra de las críticas más aguzadas tiene que ver con que Zimbardo se benefició con los resultados del experimento, pero nunca experimentó el daño provocado en los participantes del experimento (Savin, 1973, p. 148). En 2002, en colaboración con la BBC, un par de psicólogos sociales condujeron el *BBC Prison Study* que siguió el paradigma básico del experimento de

Stanford, pero a diferencia de este no se les instruyó a los guardias para subyugar a los prisioneros del mismo modo en que lo hizo Zimbardo (Griggs y Whitehead, 2014, p. 319). Los resultados fueron, notablemente, otros.

No obstante, una de las cosas más curiosas es que, a pesar de todas las críticas, las controversias y las polémicas que desató, el experimento de Zimbardo sigue siendo referido dentro y fuera de las universidades (de manera muy superficial). El informe original fue publicado en la *Naval Research Review* y la investigación fue financiada por la *Oficina de Investigación Naval*. El acceso y, enfatizamos, la comercialización de los datos siempre fue controlada por el mismo Zimbardo (Banyard, 2007, p. 494), así como la reinterpretación de estos. No hay rastros de todo esto en ninguna revista arbitrada de psicología. Y esto no deja de llamar la atención. Y si, como se ha señalado, Zimbardo y sus colegas estaban tan emocionados para no ver la cantidad de problemas que tenía el experimento (Ribkoff, 2013, p. 7), es plausible que tampoco pudieran apreciar que estaban frente a una especie de improvisación de ‘teatro del absurdo’ donde el carácter realista de lo ocurrido está aniquilado de antemano por la simulación. Pero, en general, todos los experimentos de la psicología social pueden ser vistos así. Como el *teatro del absurdo* de nuestro campo de conocimientos.

En el fondo eso es la experimentación en psicología social. Mera puesta en escena donde las simulaciones son tomadas como sucesos ‘reales’. En vez de mirar la crueldad, lo que estaban viendo, Zimbardo y compañía, era una puesta en escena de la crueldad. Mera representación realizada por personas, digamos, reales. Y que debió haber sido muy parecida a la que tiene lugar en un *reality show* donde la violencia entre los participantes es el principal atractivo para las audiencias. Pero, entonces, podemos preguntarnos ¿por qué es un experimento tan conocido dentro y fuera de las comunidades de psicología social alrededor del mundo? Bueno, haciendo prolepsis, digamos que gracias a su potencial mediático. Gracias a la espectacularización de la que fue objeto. Si algo supo hacer bien Zimbardo fue presentar su experimento no como una gran realización científica, sino como un suceso mediático.

¿Cómo el mito del experimento de la prisión de Standofrd, ‘El Señor de las Moscas’ en el laboratorio de psicología, ¿llegó a divergir tan profundamente de la realidad? En parte, las primeras declaraciones de Zimbardo sobre el experimento tienen la culpa. En octubre de 1971, poco después de la finalización del estudio, y antes de que se publicara un único resultado metodológico y analíticamente riguroso, se le pidió a Zimbardo que testificara ante el Congreso sobre la reforma carcelaria. Su testimonio dramático, aunque explicaba claramente cómo funcionaba el experimento, también permitía a los oyentes pasar por alto lo coercitivo que era realmente el entorno. (Konnikova, 2015)

Al parecer, Zimbardo también tenía algo de publicista. No olvidemos que el famoso *Stanford Prison Experiment* (SPE), inspiró, primero, una novela titulada *Black Box* (1999), de Mario Giordano. Esta, a su vez, fue adaptada para el cine por el alemán Oliver Hirschbiegel, dando como resultado *Das Experiment* (2001), película con la que debutó este director. *The Experiment* (2010), dirigida por el estadounidense Paul Scheuring, fue una adaptación de la película del alemán. Irónicamente, Zimbardo declaró haberse sentido perturbado con las escenas contenidas en la película de Hirschbiegel y agregó que se muestran sucesos que nunca ocurrieron en el experimento dirigido por él. Incluso llegó a calificar la película de sexista y de haber ofrecido violencia y sexo gratuitos para poder cautivar al público, no sin antes afirmar que la película es irresponsable (Murray, 2002).

Independientemente de lo que le haya escandalizado de la película a Zimbardo, si hacemos cuentas, desde la realización del experimento hasta la exhibición de la adaptación, tenemos un periodo de 39 años de presencia mediática en la memoria de la sociedad. Esto descontando todo el conjunto de debates y alabanzas que el experimento ha desatado. Descontando también las veces que se ha incluido en los manuales de psicología social que se utilizan en las universidades. Descontando la cantidad de veces que

se ha citado su trabajo de manera directa e indirecta. De las veces que se ha hablado del experimento en las aulas de las universidades. De la cantidad de veces que se le ha tomado como punto de referencia desde la cultura popular, etc.

No obstante, hay algo peculiar al respecto. En los libros de texto de introducción a la psicología social donde se incluye el experimento de Stanford, la cobertura de las críticas es nula o mínima (Griggs y Whitehead, 2014). Se le alaba más de lo que se le revisa críticamente (y así funciona, en buena medida, la cultura popular). Al experimento se le mitifica más de lo que se le estudia en profundidad. Y al no haber una revisión crítica de este, es fácil que se tome no solo como un hecho contundente y probado, sino como un hito incuestionable. Pero todos sabemos que esto es lo más cercano a un dogma. Y sí, en buena medida la forma en cómo se relata los experimentos en las aulas de clase donde se enseña psicología social, tiene mucho de dogmática y muy poco de crítica. Si las grandes realizaciones de la psicología social experimental se enseñaran de otro modo, la situación sería muy distinta porque se podría ver que los experimentos también fallan, que pueden cuestionarse y que muchas veces son manipulados por el investigador para que eso que espera, como lo dijo uno de los participantes en el experimento de Zimbardo, ‘suceda’. No obstante, en el caso del experimento hubo un suceso interesante: el 28 de abril del 2005, *The Stanford Daily* publicó una carta de Andrew Carlo Prescott (consultor de Zimbardo y ex convicto), titulada *La mentira del experimento de la prisión de Stanford*. En dicha carta Prescott afirmó que el experimento fue un ‘ejercicio teatral’; que él y Zimbardo alentaron a los guardias a hacer determinadas cosas que por ellos mismos no hubiesen imaginado; y que algunos castigos como colocar bolsas sobre la cabeza de los presos, atar a los presos con cadenas y utilizar baldes como inodoros en sus celdas fueron experiencias que vivió durante su estancia en *San Quentin* (Prescott, 2005). Y, como si todo se tratase de una serie de televisión, el 7 de marzo de 2007 Zimbardo dijo “Nunca volveré a estudiar el mal” (Knowles, 2018). Aseguró estar preparado para investigar el heroísmo en lugar de actos de abuso.

## VII. EPÍLOGO

Tomar la debida distancia con la psicología social *mainstream* requiere de una profunda revisión crítica de sus formas de hacer investigación (estilos); de sus resultados; e incluso de la forma en que son recibidos dichos resultados (dentro y fuera de la academia). Más allá del *mainstream* de la psicología social existe un horizonte de posibilidades para construir una psicología social alejada de la ortodoxia de la psicología social experimental y cuasi experimental que suele evitar la calle, aunque sea para enterarse de qué pasa en el mundo en el que vivimos. Más allá de la aplicación de cuestionarios hay un mundo por conocer. Más allá de los socorridos temas de la psicología social *mainstream*, hay una cantidad de tópicos de interés que apenas comienzan a explorarse y hay otros que ni siquiera se han llevado a las mesas de discusión. Es pertinente que los jóvenes investigadores construyan nuevas psicologías sociales (más *punks*) en torno a temáticas emergentes propias de nuestros tiempos, para abrir nuevos caminos de reflexión e indagación y no repetir lo que se ha venido haciendo desde 1930. Necesitamos psicologías sociales con menos estadística y más argumentación. Con menos escalas de medición, instrumentos y cuestionarios, y más hermenéutica. Con menos fórmulas y más semiótica. Con menos números y más significados. Con menos experimentos y más filosofía. Con menos preocupación por la conducta y mayor interés por la acción. Con más Historia y menos cognición. Con menos investigación cuantitativa y más investigación cualitativa. Con menos laboratorios y más calle. Con menos rigidez y mayor rigurosidad. Con menos dogmatismo y más crítica. Con menos aspiraciones universalistas y más conocimiento local. Es decir, necesitamos una psicología menos *pop* y más *punk*. Billig (1986) no se equivocaba al decir que “sí hay una conexión cercana entre argumentar y pensar, por ello, al enseñar a nuestros alumnos a pensar, debemos enseñarlos a argumentar. Debemos estimular el espíritu crítico, que no tenga miedo a cambiar y a cuestionar a las autoridades” (p. 23).

## REFERENCIAS

- Banuazizi, A. y Movahedi, S. (1975). Interpersonal Dynamics in a Simulated Prison. A Methodological Analysis. *American Psychologist*, 30(2), 152-160.
- Banyard, Ph. (2007). Tyranny and the tyrant. From Stanford to Abu Ghraib. *The psychologist*, 20, 494-495.
- Becker, H. (1998). *Trucos del oficio*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI, 2009.
- Berger, P. L. (1963). *Introducción a la sociología*. Ciudad de México, México: Limusa, 2014.
- Billig, M. (1986). Pensar y argumentar. *El alma pública*, 8(15), 7-26, 2015.
- Bruner, J. (2002). *La fábrica de historias*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica, 2013.
- \_\_\_\_\_ (1990). *Actos de significado*. Madrid, España: Alianza editorial, 2006.
- Carnahan, Th. y McFarland, S. (2007). Revisiting the Stanford Prison Experiment: Could Participant Self-Selection Have Led to the Cruelty?. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 33(5), 603-614.
- Collins, R. (2005). *Cadenas de rituales de interacción*. Ciudad de México, México: UAM-Azcapotzalco; FCPyS-UNAM; y Universidad Nacional de Colombia, 2009.
- Durkheim, E. (1895). *Las reglas del método sociológico*. Ciudad de México, México: Ediciones Coyoacán, 2011.
- Eco, U. (2002). Ciencia, tecnología y magia. En *A paso de cangrejo* (pp. 123-131). Ciudad de México, México: Debate, 2007.
- \_\_\_\_\_ (2000). Católicos estilo libre y laicos santurriones. En *De la estupidez a la locura* (pp.15-20). Ciudad de México, México: Lumen, 2017.
- Fernández Christlieb, P. (1994). *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*. Bogotá, Colombia: Anthropos-El Colegio de Michoacán.
- Fiske, S. T., Gilbert, D. T. y Lindzey, G. (Eds.). (2010). *Handbook of Social Psychology*, 5ta. edición, Nueva Jersey, Estados Unidos de América.
- Gergen, K. (1994). Las consecuencias culturales del discurso del déficit. En A. M. Estrada. y S. Diazgranados. (Comps.), *Keneth Gergen, Construcción Social. Aportes para el debate y la práctica* (pp. 281-310). Bogotá, Colombia: Uniandes-Ceso, 2007

- \_\_\_\_\_ (1978). Hacia una teoría generativa. En A. M. Estrada. y S. Diazgranados. (Comps.), Keneth Gergen, *Construccionismo Social. Aportes para el debate y la práctica* (pp. 281-310). Bogotá, Colombia: Uniandes-Ceso, 2007
- Goffman, E. (1983). El orden de la interacción. En Y. Winkin. (Ed.), *Los momentos y sus hombres. Textos seleccionados y presentador por Yves Winkin* (pp. 169-205). Barcelona, España: Paidós Ibérica, 1988.
- Griggs, R. A. y Whitehead, G. I. (2014). Coverage of the Stanford Prison Experiment in Introductory Social Psychology Textbooks. *Tecahing of Psychology*, 41(4), 318-324.
- Harré, R. (2006). *Key Thinkers in Psychology*. London, england: Sage Publications.
- Haslam, S. A. y Reicher, S. (2003). Beyond Stanford: Questioning a role-based explanation of tyranny. *Dialogue*, 18, 22-25.
- Helm, Ch. Y Morelli, M. (1989). Obedience to Authority in a Laboratory Setting: Generalizability and Context Dependency. *Political Studies*, XXXIII, 610-627.
- Ibáñez, J. (1991). *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Madrid, España: Siglo XXI, 1994.
- Jenkins, H. (2006). *Fans, bloggers y videojuegos*. Barcelona, Madrid: Paidós Ibérica, 2009.
- Knowles, A. (13 de noviembre de 2018). Unchaining the Stanford Prison Experiment: Philip Zimbardo's famous study falls under scrutiny. *The Stanford Daily*. Recuperado de: <https://www.stanforddaily.com/2018/11/13/unchaining-the-stanford-prison-experiment-philip-zimbardos-famous-study-falls-under-scrutiny/>
- Konnikova, M. (12 de junio de 2015). The real lesson of the Stanford prison experiment. *The New Yorker*. Recuperado de: <https://www.newyorker.com/science/maria-konnikova/the-real-lesson-of-the-stanford-prison-experiment>
- Le Breton, D. (1990). *Antropología del cuerpo y de la modernidad*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión, 1995.
- McFarland, S. y Carnahan, Th. (2009). A Situation's First Powers Are Attracting Volunteers and Selecting Participants: A Reply to Haney and Zimbardo. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 35(5), 815-818.
- Milgram, S. (1963): Behavioral Study of Obedience. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 67, 371-378.
- Molotch, H. (1994). Going Out. *Sociological forum*, 9, 229-239.
- Murakami, H. (2015). *De qué hablo cuando hablo de escribir*. Barcelona, España: Tusquets, 2017

- Murray, B. (20 de junio de 2002). Film criticized as irresponsible. *Monitor on psychology*. APA, 33(3). Recuperado de: <https://www.apa.org/monitor/mar02/filmcritic.html>
- Orne, M. T. y Holland, C. H. (1968). On the ecological validity of laboratory deceptions. *International Journal of Psychiatry*, 6, 282-293.
- Ovejero, J. (2012). *La ética de la crueldad*. Barcelona, España: Anagrama.
- Prescott, C. (28 de abril de 2005). The lie of Stanford Prison Experiment. *The Stanford Daily*. Recuperado de: <https://archives.stanforddaily.com/2005/04/28?page=4#issue>
- Ratesnar, R. (julio-agosto de 2011). The Menace Within. *Stanford Magazine*. Recuperado de <https://stanfordmag.org/contents/the-menace-within>
- Savin, H. B. (1973). Professors and psychological researchers: Conflicting values in conflicting roles. *Cognition*, 2(1), 147-149.
- Shotter, J. (1993). *Realidades conversacionales. La construcción de la vida a través el lenguaje*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 2001.
- Simmel, G. (2007): *Imágenes momentáneas*. Barcelona, España: Gedisa.
- Winkin, Y. (1988). *Los momentos y sus hombres. Textos seleccionados y presentador por Yves Winkin*. Barcelona, España: Paidós Ibérica, 1991.
- Zimbardo, Ph. (2007). *El efecto Lucifer*. Barcelona, España: Paidós, 2011.